

# Los « soldados » de la República Literaria y la edición heterodoxa en el siglo XIX \*

Pura Fernández

PILAR

Instituto de la Lengua Española, CSIC, Madrid

**E**n 1867, el polémico periodista Luis Carreras agrupaba, en el folleto *Los malos novelistas españoles generalizados en D. M. Fernández y González, D. Francisco J. Orellana, D. Rafael del Castillo, D. Enrique Pérez Escrich*, dos artículos destinados a denunciar los « despilfarros literarios » cometidos por los folletinistas <sup>1</sup>. Carreras, con el trasfondo de las reivindicaciones de renovación cultural que acompañarán a *La Gloriosa*, pretende desmontar la superchería de una industria editorial que ofrece pingües beneficios a costa de los sectores más desprotegidos que, « habiendo despertado poco ha de su letargo intelectual, toman lo que hallan a mano para educar su entendimiento; y siendo la novela el libro que les es más grato, porque es el más a propósito para preparar su espíritu, la compran sacrificando el pan que han de comer » <sup>2</sup>. Luis Carreras desgrana la estructura industrial que produce la novela folletinesca distribuida por entregas, desde el necio y mercantilizado « fabricante » –el escritor–, pasando por el escribiente o el colaborador asalariado y la prensa ditirámica. El perfecto engranaje editorial culmina en la sabia promoción, « porque la lectura del prospecto les ha persuadido [a los potenciales suscriptores] que el autor es un hombre de mérito, y la de las gacetillas, que apoyan la obra, les ha dejado convencidos » <sup>3</sup>. En definitiva,

---

\* Este trabajo se inscribe en el marco de los proyectos HUM 2004-03467/FILO del MEC y CEHI 03/03 del MAE.

1. Luis Carreras, *Los malos novelistas españoles generalizados en D. M. Fernández y González, D. Francisco J. Orellana, D. Rafael del Castillo, D. Enrique Pérez Escrich. Artículos publicados en la « Revista Hispano-Americana » de Madrid, junto con un extracto de la polémica de « La América »*, Barcelona-Madrid, Librería de A. Verdaguer-Librería de Cuesta, 1867, pág. 5.

2. *Ibid.*, pág. 13.

3. *Ibid.*, pág. 14.

Carreras, que se ampara en que su pluma crítica tiene « una mira literaria, y ellos tienen una mira industrial », declara su intención de « perjudicarles [a estos novelistas de escandalosas ganancias] con los editores, desacreditando su mercancía »<sup>4</sup>.

Pero ahí es donde yerra Luis Carreras, negando a los editores cierto papel rector en la evolución del panorama literario contemporáneo. Es precisamente en el mercado de la novela por entregas donde surge con más fuerza la redefinición de la figura legal del editor responsable –el que asume las posibles sanciones derivadas de la infracción de la normativa de imprenta–, pero dotada ahora de connotaciones sociológicas. El editor, en el mejor de los casos, capitanea una empresa de tipógrafos, cajistas, encuadernadores, repartidores, comisionistas y corresponsales en provincias o en el extranjero, a menudo en su propio domicilio, donde se ubica la administración del negocio e incluso la convivencia con algunos empleados, inquilinos del patrón –como demuestran los datos del censo municipal en casos como los de Minuesa o Marés– y, lo que es más importante, dispone de capacidad de retroalimentación literaria, merced a una nómina de suscriptores que sirve de plataforma para futuras captaciones. Es el editor propio de una economía capitalista, con una estrategia empresarial y con un sólido conocimiento del mercado, que ofrece al autor un circuito de comunicación al que ahormarse, una red de intereses comerciales en que integrarse<sup>5</sup>. Como sociedad industrial, se crean solidaridades cooperativas y se busca un objetivo común: incrementar el consumo con un movimiento de creación permanente y una dinámica unificadora. Es la producción « societaria », « cooperativa », como el « gran taller » soñado por Saint-Simon como trasunto de la nación francesa.

No es fortuito que la polémica alimentada por Luis Carreras arranque al tiempo que se produce uno de los más sonados éxitos editoriales, esto es, el protagonizado por las novelas por entregas *La mujer adúltera* (1864) y su continuación, *La esposa mártir* (1865), de Enrique Pérez Escrich, paradigma de la novela de folletín de tema contemporáneo<sup>6</sup>. Ambas obras, según relata el escritor en su libro de memorias *El frac azul* (1864; 1875), se escribieron a instancias del conocido Urbano Manini, quien, con las ganancias, montó « un establecimiento nuevo »<sup>7</sup>. La fórmula del éxito la resume Escrich: « todo es cuestión de encontrar un género que dé dinero a

4. *Ibid.*, pág.<sup>s</sup> 14 y 5.

5. Acerca de la redefinición de la figura del editor en el siglo XIX, *cf.*: J. A. Martínez Martín, « La edición artesanal y la construcción del mercado » in: J. A. Martínez Martín, *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, especialmente pág.<sup>s</sup> 34-36.

6. Véase Pura Fernández, « La escritura cooperativa: cómo y por qué se construye una novela por entregas en el siglo XIX. Del taller de Enrique Pérez Escrich a la *lejía* contra los malos libros de Rosalía de Castro », *Revista Hispánica Moderna*, n.º 39, mayo de 2005, pág.<sup>s</sup> 331-360.

7. Enrique Pérez Escrich, *El frac azul. Memorias de un joven flaco* (1864), 4.<sup>a</sup> ed., Madrid, Manini Hermanos, 1875, pág. 560.

los editores, que si ellos ganan, no es difícil que lo paguen bien »<sup>8</sup>. El novelista codifica un modelo de novela popular lúdica y moralizante, que define « como poema moderno del hogar doméstico » dirigido a « [l]a familia, esa gran clase » mayoritaria en España, un lector modelo previsto con indudable olfato mercantil<sup>9</sup>.

Enrique Pérez Escrich ilustra acerca del funcionamiento de la escritura cooperativa *ad majorem gloriam* de la casa editorial patrocinadora, concebida como un frente gremial; revela la suplantación autorial por otros colegas renombrados (como Fernández y González) o por anónimos colaboradores que ayudan a rellenar cuartillas; ensalza la colaboración de los lectores en la elaboración de la trama, unos lectores que no sólo inspiran el libro, sino que están *in libro*, en expresión de nuestro homenajeado Jean-François Botrel<sup>10</sup>; y valora la intermediación solidaria del cajista que transcribe las apresuradas páginas y la intervención directa del editor de novelas por entregas, como los hermanos Manini, sobre todo Urbano, el mayor, o Miguel Guijarro, catalizadores del gusto potencial de un público estable.

Paradójicamente, buena parte de este sector tan denostado por producir una literatura industrial y empobrecedora entronca con una sólida red empresarial dedicada a la edición de un nutrido corpus heterodoxo, que aglutina fundamentalmente a los llamados *soldados fieles de la prensa y de la República*; periodistas y escritores aunados en torno a un núcleo de doctrina variopinta, pero contemplada como solidariamente unida por su mismo carácter heterodoxo y por su tendencia a la formación de opinión de los ciudadanos. Así, demócratas y republicanos de todas las facciones –integrados en una unidad impracticable en el propio terreno de la política militante–, librepensadores, masones y anticlericales, conviven y comparten órganos de expresión periodística y editorial en una suerte de fuerzas editoriales de resistencia. Tal proceso es detectable sobre todo a partir de la década de 1860, aunque algunos editores de la primera mitad del siglo XIX ya dejaron constancia de su activismo ideológico, como Benito Hortelano, que convirtió en 1845 su casa en editorial y delegación literaria del partido progresista. También Juan Manini, tras separarse de Domingo Vila en Barcelona, remontó la quiebra empresarial asociándose con el general Prim a principios de la década de 1840<sup>11</sup>.

Este maridaje ideológico-literario se incrementa desde el estallido de *La Gloriosa* y se multiplica en el período restauracionista a partir de la ley de libertad de imprenta de julio de 1883, hasta llegar a la especialización

8. *Ibid.*, pág. 554.

9. *Ibid.*, pág. 555.

10. « Lector *in libro* » in: L. Benat-Tachot; J. Vilar (ed.<sup>s</sup>), *La question du lecteur. XXXI<sup>e</sup> Congrès de la Société des Hispanistes Français*, Marne-La-Vallée, 2004, pág.<sup>s</sup> 99-120.

11. B. Hortelano, *Memorias de Benito Hortelano*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936, pág.<sup>s</sup> 100-101 y 95, respectivamente.

política que marcará como seña de identidad a numerosas editoriales del primer tercio del siglo XX. Falta un estudio riguroso en torno a la edición republicana en la España decimonónica, edición que termina por ampliarse a una labor de difusión del pensamiento heterodoxo y de la educación política de los ciudadanos, ideario que cimenta las bases del republicanismo democrático del siglo XIX.

Desenredar la madeja de esta evolución editorial implica una complejidad mayúscula por la obligada necesidad de recurrir a fuentes documentales a menudo ya inexistentes. Por fortuna, los archivos notariales y municipales permiten reconstruir algunas de estas trayectorias. Así, voy a centrarme en la casuística más reveladora, como la representada por Juan Muñoz Sánchez, el editor de la Biblioteca del Renacimiento Literario, que amparó los títulos lopezbaguianos y los de aquellos autores que quisieron situarse bajo la égida del naturalismo radical, los protervos J. Zahonero, E. A. Flores, A. Sawa, R. Vega Armentero o J. Hernández Ardieta. El órgano del Partido Republicano Progresista de Ruiz Zorrilla, *El Progreso* (1881), y las publicaciones anticlericales afines *El Motín* (1881-1926) y *Las Dominicales del Libre Pensamiento* (1883-1909), aglutinan también la colaboración de estos autores y de otros correligionarios como José de Siles o A. García Vao. Ruiz Zorrilla se convirtió, desde su exilio parisino, en uno de los referentes más respetados del republicanismo democrático, y en torno a su figura se organizó una vasta red de relaciones literarias y editoriales en París, la célebre bohemia zorrillista, escasamente conocida, a pesar de su trascendencia cultural.

La nómina de suscriptores de estas publicaciones se presume la de correligionarios y simpatizantes, como se deduce de las cartas de los lectores, de los comentarios explícitos de los periodistas y de las recomendaciones y alusiones a la prensa afín<sup>12</sup>. Como ejemplo baste recordar que Ramón Chies, uno de los motores de la longeva *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, era el hijo del viejo revolucionario de igual nombre, director del Círculo Democrático de Madrid en el período prerrevolucionario, centro de reunión de jóvenes activistas como E. Rodríguez-Solís<sup>13</sup>. Asimismo, *Las Dominicales* estaban vinculadas a El Porvenir Editorial<sup>14</sup>, gestionadas ambas empresas por el gerente J. Matarredona, que publica las obras de correligionarios como R. Vega Armentero y Rosario de Acuña, firmantes a

12. B. Hortelano recuerda en sus memorias cómo la lista de suscriptores de la biografía del general Espartero que editó en 1844 alcanzó una dimensión política cuando el Gobierno intentó hacerse con ella para conocer el domicilio de los presuntos enemigos del partido gubernamental (B. Hortelano, *Memorias de Benito Hortelano*, op. cit., pág. 98).

13. Cfr. E. Rodríguez Solís, *Memorias de un revolucionario*, prólogo de Roberto Castrovido, Madrid, Editorial Plutarco, 1931, pág. 95.

14. Conviene recordar que M. Ruiz Zorrilla utilizaba el seudónimo *El Porvenir*, nombre que preside varios periódicos republicanos y filomasones, como los gestionados por la empresa editorial de J. Matarredona.

su vez de artículos en la citada revista librepensadora. El circuito editorial de la heterodoxia manifiesta su compactación.

La literatura de combate propuesta por López Bago y sus acólitos, pronto convertida en literatura de resistencia ante los ataques críticos y judiciales, se asienta sobre un sistema de asociación mecánica que permite reconocer el producto editorial, el sello de una edición naturalista, de una obra heterodoxa y escandalosa <sup>15</sup>. Hay una búsqueda de uniformidad externa (material), temática y estilística, que llega a generar unas marcas identificativas propias que actúan como referente editorial, como bien supo intuir Luis París en *Gente nueva* (1888). La novela de la Biblioteca del Renacimiento Literario adquiere un estatuto de paradigma editorial establecido sobre un claro pacto con el lector, al cual satisface en su demanda inmediata, lo que asegura su éxito. Muñoz Sánchez, años después de cesar en su actividad, sigue siendo reconocido como « el editor de novelistas zolescos », y así lo recuerda Ruiz Contreras en sus *Memorias de un desmemoriado* (1916); situarse bajo su égida comercial significaba entrar de lleno en el circuito de la literatura heterodoxa de los radicales, por la significación del intermediario, en palabras de U. Weisstein <sup>16</sup>.

Estos editores y escritores se oponen a los autores « ministeriales » (en terminología clariniana), es decir, aquéllos que contemporizan con el posibilismo político para medrar profesional y artísticamente, siempre ajustados a los cánones tradicionales. Hay que recordar que literatos como Patricio de la Escosura, L. J. Sartorius, conde de San Luis, Alarcón, Campoamor, Valera, Alvareda y Núñez de Arce <sup>17</sup>, instalados en la Administración, extendieron numerosos salvoconductos profesionales a los jóvenes con aspiraciones literarias, que repartían su tiempo entre los despachos de los ministerios, la sala de redacción de los periódicos y los salones literarios al uso. Por no hablar de las desconocidas

---

15. La defensa jurídica frente a las denuncias por el contenido de los artículos periodísticos o de las obras literarias sigue la misma línea argumental, e incluso los autores encausados comparten a los abogados, como sucede con el periodista José Miralles, el presbítero C. Miralta o Eduardo López Bago.

16. U. Weisstein, *Introducción a la literatura comparada*, traducción de T. Piñel, Barcelona, Planeta, 1975. El panegirista de José Zahonero, J. Polo Benito, recuerda con satisfacción cómo el novelista abandonó « los malos aires del error y de la concupiscencia » y se convirtió al catolicismo, « rompiendo [...] con las ligaduras que le ataban al naturalismo, en boga por aquel entonces, y con las editoriales de bajo vuelo [léase la de Juan Muñoz Sánchez] [y] prefirió la paz de su conciencia a las inquietudes de una ganancia lograda a expensas de concesiones a los apetitos inferiores », « Prólogo » in: J. Zahonero, *Manojitos de cuentos*, Madrid, Editorial Voluntad, 1928, pág.<sup>s</sup> 5-17.

17. La *Gaceta de Fomento* (1882-1886) es un buen ejemplo de publicación donde se dan cita los autores aspirantes, mercederos o beneficiados de prebendas ministeriales. Buena parte de las plumas más conocidas de la década se dan cita en sus páginas. La vía que une la política y la literatura es de doble sentido y tiene carácter reversible, como bien señala Enrique Pérez Escrich en *El frac azul. Memorias de un joven flaco, op; cit.*, pág. 690.

actividades de financiación artística y editorial de ciertos banqueros con claras filiaciones políticas, como el castelano Adolfo Calzado, miembro de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles y mecenas de autores como Alejandro Sawa, o del todopoderoso Ignacio Bauer, representante de la banca Rothschild y defensor de la monarquía de Amadeo de Saboya, a cuyas célebres reuniones acudían Bécquer, Galdós y Pardo Bazán, entre otros.

La desconocida figura de Muñoz Sánchez recuerda la de editores galos como Charpentier o Hennique, quienes en el último tercio del XIX supieron actuar como orientadores comerciales de los jóvenes escritores, a los que insertaban en una efectiva red de relaciones literarias – como las zolescas *Soirées de Médan* – que actuaban como clanes de apoyo mutuo, según R. P. Colin<sup>18</sup>. Clarín, luchador infatigable por sus derechos económicos como escritor profesional, valoró de forma extraordinaria la función del editor en la moderna República de las Letras, como han expuesto con detalle Blanquat y Botrel<sup>19</sup>. La creación de un cenáculo que agrupe a los iniciados en torno a un maestro (Zola) o un discípulo notorio (López Bago) y sirva, al tiempo, como frente cohesionado de lucha, como referencia editorial, presenta rasgos de un moderno espíritu asociativo movido por aspiraciones de integración profesional. El reclamo del manifiesto que articule el cuerpo teórico de la nueva propuesta literaria en el caso lopezbaguiano se efectúa por traslación de jefatura, es decir, por traducción delegada de los textos de Zola. El marbete de naturalismo, de novela-médico social o cualquiera de sus variantes léxicas, la inclusión de la obra en la Biblioteca del Renacimiento Literario, la adscripción, por parte de la prensa, de una novela a la escuela lopezbaguiana, aseguraba cierta resonancia escandalosa al libro.

En *La buscona* (1885) de López Bago se intuye a Muñoz Sánchez en el personaje del editor que encamina al joven literato en la novela naturalista. El sucesor de Urbano Manini<sup>20</sup>, J. Muñoz Sánchez, cuyo negocio pasará a Mariano Núñez Samper, que reeditará su fondo hasta las primeras décadas del siglo XX, concilia la faceta del escandaloso editor de naturalistas, librepensadores, republicanos y masones – como Vicente de la Cruz –, con la de editor de un fondo (a menudo fosilizado) de novelas

18. René-Pierre Colin, *Zola. Renégats et alliés. La République naturaliste*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1988, pág.<sup>s</sup> 331 y s.<sup>tes</sup>.

19. *Clarín y sus editores. (65 cartas inéditas de Leopoldo Alas a Fernando Fe y Manuel Fernández Lasanta 1884-1893)*, edición y notas de J. Blanquat y J.-F. Botrel, Rennes, Université de Haute Bretagne, 1981.

20. Según G. Molina Navarro, *Historia de la imprenta de Madrid*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1935, pág.<sup>s</sup> 33-34. Pero según J. Nombela (*Impresiones y recuerdos*, Jorge Campos (ed.), Madrid, Tebas, 1976), fue F. González Rojas quien compró la propiedad de las obras editadas por Manini (pág. 728). Tal vez la confusión se deba a una división del fondo editorial entre los dos hermanos Manini.

por entregas de J. Castellanos y Velasco, R. Ortega y Frías, J. de Dios de Mora o T. Tárrago y Mateos.

Conducta similar hallamos en el editor José María Faquineto, sobrino del revolucionario Roque Barcia. Faquineto, vinculado desde su infancia a los correligionarios de su tío, milita tempranamente en el Partido Republicano Federal y se inicia con 14 años en la edición cuando funda *La Federación Española* (1870), junto al escritor Enrique Rodríguez-Solís y al impresor Luis Álvarez<sup>21</sup>. Faquineto se rodea de los viejos revolucionarios que, desde 1848 hasta 1868, soñaron con una reforma socio-política en España, como Nicolás Estévez, Fernando Garrido, A. García Tejero o José María Orense, y con escritores que conciliaron al hombre de acción y al hombre de letras, como Ceferino Tresserra, autor de novelones socializantes. Con Faquineto, el societarismo de raíces empresariales se vincula (e incluso se supedita) al societarismo ideológico; su catálogo editorial es la muestra más representativa del parentesco entre la producción periodística y literaria de corte erótico-festivo, anticlerical, librepensadora, masónica y republicana.

Esta especialización es perceptible en buena parte de los editores que comparten el amplio espectro del republicanismo democrático, como Diego C. Romero en conjunción con el impresor G. Osler –quienes publican las colecciones Biblioteca Democrática Festiva y Anticlerical y la Biblioteca Mística, junto a obras de correligionarios como R. Vega Armentero. Otro tanto sucede con los conocidos Fernando Cao y Domingo de Val, que convierten su establecimiento en activo foco de conspiración ideológico-literaria, con autores como Rodríguez-Solís o José Zahonero, y con un fondo editorial de colecciones de narrativa breve. Ensamblados por sus afinidades literarias e ideológicas, Francisco Bueno –editor de la emblemática revista *Demi-Monde* y de la colección de novela corta homónima, pero también de las obras naturalistas de López Bago y de Zahonero–, Juan Muñoz Sánchez y José María Faquineto serán los impulsores del naturalismo de corte lopezbaguiano, que coexistió con la producción erótico-festiva y anticlerical que estos tres editores promovieron y en la que también se enrolaron los novelistas radicales.

Pero junto a este fondo editorial, al que se unen las obras de correligionarios como el « naturalista » E. Sánchez Seña, los combativos E. Rodríguez-Solís, Manuel Cubas o Victoriano Garrido y el doctor Esquerdo, José María Faquineto –propietario del semanario ilustrado *El Libre Pensamiento*–, sigue editando a J. Castellano y Velasco, Pérez Escrich, Tárrago

---

21. El impresor Luis Álvarez tal vez sea familiar de Manuel Álvarez, impresor activista del republicanismo democrático decimonónico; puede no ser fortuito que Faquineto trabaje durante años con los hermanos Álvarez, impresores, como Juan Muñoz Sánchez, que traslada a esta misma imprenta sus trabajos, a mediados de la década de 1880, para después canalizarlos a la de Pedro Núñez.

y Mateos<sup>22</sup> y a Pilar Sinués de Marco, poco afines a su ideario, pero puente de irradiación hacia otros espacios lectores. Esta nueva conexión entre editores de la novela popular decimonónica y la literatura heterodoxa parece venir de la mano de Jesús Graciá y Andrade, que se inició como impresor a finales de la década de 1850 junto a Orga, y en la de 1870 junto a Manuel Rodríguez y Vázquez. Pues bien, Graciá y Andrade contrajo matrimonio en 1871 con Eloísa Minuesa Picazo, nacida en 1852 del primer matrimonio del iniciador de una conocida saga de editores e impresores madrileños, Manuel Minuesa de la Casa, principal impulsor, junto con Marés, del corpus de literatura de cordel más difundido en el siglo XIX<sup>23</sup>. Jesús Graciá poseía derechos sobre la propiedad literaria de autores muy rentables como Ramón Ortega y Frías, a quien había editado junto a Orga; tras la constitución de una sociedad para la explotación de una imprenta con M. Rodríguez en 1873, Graciá vende a éste algunas de las obras como *El monaguillo de las Salesas*, del citado Ortega y Frías, por la considerable cantidad de 1.875 reales<sup>24</sup>. Posiblemente tras la muerte de Marés (h. 1874), socio de M. Minuesa, el matrimonio Graciá Minuesa se trasladara a vivir al domicilio de éste, en la calle de la Encomienda, n.º 19, como figura en los protocolos notariales de R. Espuñes a mediados de la década de 1870.

Así, desenredando la madeja, llegamos de nuevo a Faquineto, que se instala en el piso principal derecha y en el del centro del n.º 6 de la madrileña calle del Olivar, es decir, el nuevo domicilio que tenía el matrimonio Graciá Minuesa hasta su tumultuoso divorcio, obtenido en 1887. Faquineto, pues, tal vez se quedara no sólo con la maquinaria y las instalaciones, sino también con parte del fondo editorial literario de Jesús Graciá y Andrade, muy distinto, como ya se ha señalado, del patrocinado por el republicano y librepensador Faquineto que diversifica su oferta.

Pero a la hora de analizar estas conjunciones bibliográficas hay que dirigir la mirada hacia la labor de algunos editores de la Barcelona de las décadas de 1860 y 1870, como Salvador Manero, José Miret, Jané Hermanos y Juan Pons. De nuevo, encontramos que la especificidad editorial viene marcada por la militancia política. Salvador Manero Bayarri era correligionario y amigo del republicano Roque Barcia, como recuerda E. Rodríguez-Solís, quien merced a su mediación logró que le publicaran su primer libro, *Reseña histórica de las monarquías españolas* (1869) para la Biblioteca Revolucionaria, trabajo que le pagó con la inesperada y generosa cantidad de 40 duros<sup>25</sup>.

22. Publica también la Biblioteca Económica Festiva, con las obras de Tárrago y Mateos.

23. « El estatuto legal del romance de ciego en el siglo XIX: a vueltas con la licitud moral de la literatura popular », in: L. Díaz G. Viana (dir.), *Palabras para el pueblo. Aproximación general a la literatura de cordel*, vol. I, Madrid, CSIC, 2000, pág.<sup>s</sup> 72-120.

24. Archivo Histórico de Protocolos, notario R. Espuñes, Libro 31035, n.º 80.

25. E. Rodríguez-Solís, *Memorias de un revolucionario*, op. cit., pág.<sup>s</sup> 74-75.



Manero, que tiene buena parte de su fondo en catalán, edita a compañeros de militancia masónica (o filomasónica) y política, como Fernando Garrido, Roque Barcia, Rosendo Arús y Arderius, Odón de Buen y Luis Carreras, y a los novelistas que preconizaron el reformismo social e incluso se implicaron directamente en la conspiración política, como Ceferino Tresserra o Antonio Altadill, junto a Víctor Balaguer, Eusebio Blasco, F. J. Orellana y Roberto Robert. Manero estaba al tanto de las novedades bibliográficas europeas, pues su carrera profesional arranca con la Librería Nacional y Extranjera Salvador Manero, al menos desde 1858-1859; al tiempo, dirige el Establecimiento Tipográfico Editorial que lleva su nombre y que gestiona durante décadas, a menudo en colaboración con otras imprentas, como El Porvenir –de Buenaventura Bassas, filomasón–, o como impresor para otras empresas como El Iris Editorial o Rafael Ribas <sup>26</sup>.

Resulta llamativo encontrar en este fondo bibliográfico obras poco acordes con la línea editorial, esto es, ideológica, de Salvador Manero. De nuevo, la investigación en torno a las estrechas relaciones empresariales entre editores de diversa procedencia, pero vinculados por una misma militancia, explica estas mixtificaciones. Así, el escritor de novelas folletinescas y alegres, Antonio de San Martín, dueño de la librería madrileña del mismo nombre, colabora con la editorial de novelas por entregas de Urbano Manini, cuyo fondo editorial de 2.500 tomos y los derechos de propiedad compró San Martín en 1887 <sup>27</sup>. Para comprender la relación de Manero con San Martín hay que recordar los orígenes profesionales de aquél, como hace Julio Nombela: « En Barcelona habían llegado las publicaciones por entregas al mayor grado de apogeo, y uno de los más importantes editores, don Salvador Manero, que como la mayor parte de los que habían hecho fortuna [...] había comenzado por ser repartidor de entregas » <sup>28</sup>. Lo cierto es que las editoriales de Manero y de San Martín compartían fondo bibliográfico, como la traducción de las obras completas de Paul de Kock o los libros de Faustina Sáez de Melgar y de Pilar Sinués de Marco; así, podemos hallar ejemplares como el de la novela *Los libertinos* de R. Ortega y Frías (1876), editada por San Martín, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, en el que se advierte que la

---

26. Desde 1858 está atestiguada la existencia de la imprenta de Manero, que realiza labores editoriales al menos hasta mediados de la década de 1890.

27. J. Martínez Martín (*Historia de la edición en España (1836-1936)*, *op. cit.*, pág. 67) recoge el año de 1887 como fecha de la transacción, pero parece más justificado pensar que la fecha fuera la de 1877.

28. J. Nombela, *Impresiones y recuerdos*, *op. cit.*, pág. 705. Salvador Manero, junto a otros editores y escritores, firma en 1858 una carta dirigida al ministro de la Gobernación contra las restricciones para la publicación de novelas de la última ley de imprenta, pues a ellas se debe el mayor impulso « [d]el comercio de librería y la inclinación del pueblo a un honesto e instructivo recreo », documento reproducido en V. Infantes; F. López y Jean-François Botrel (dir.), *Historia de la edición y de la lectura en España. 1472-1914*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, pág. 529.

guarda está confeccionada con papel reciclado de la cubierta y contracubierta de un volumen de la Biblioteca de Manero.

Manero da a la luz las reeditadísimas obras del doctor Curtis, *Guía médica del matrimonio* (1865) y *De la virilidad. De las causas de su decadencia prematura e instrucciones para obtener su completo restablecimiento. Ensayo médico dedicado a los que padecen de resultas de sus excesos, hábitos solitarios o del contagio; seguido de observaciones sobre las obligaciones y objetos del matrimonio, y del tratamiento y cura de la impotencia y esterilidad* (1866), cuyas infalibles lociones, al igual que estas obras, las remite también al editor por correo, siempre « con celeridad y discreción ». El éxito de este tipo de manuales de divulgación médico-higiénica animó a otros editores a sumarse a esta línea bibliográfica, simultaneada con otros textos similares como los de Salvador Badía, Carlos Ronquillo o J. Giné y Partagás y con los volúmenes de la Academia Médico-Farmacéutica, tal como encontramos en el catálogo de Juan Pons. Es precisamente este catalán, dueño del Establecimiento Tipográfico Editorial Juan Pons, cuya actividad es notoria ya en la década de 1870 con su cuidada y difundida Biblioteca Hispano Americana, el que publicó la *Historia de la prostitución* (1851) de Pierre Dufour, traducida por Cecilio Navarro, con sugerentes láminas de Eusebio Planas. La buena acogida de la obra, reeditada en 1874, *Historia de la prostitución en todos los pueblos del mundo desde la Antigüedad más remota hasta nuestros días. Obra necesaria para los moralistas, útil para los hombres de ciencias y letras, e interesante para todas las clases*, animó al editor a encargar al polígrafo y polémico Amancio Peratoner su continuación en 1877, dado que Dufour sólo historió los reinados de Luis XIII y Luis XIV, trabajo realizado con notable éxito por Peratoner.

El instinto mercantil de Amancio Peratoner, autor de decenas de manuales de divulgación médico-histórico-antropológica, como los que aparecen en la publicidad del catálogo de José Miret de la década de 1870, resultó muy rentable a los editores, sólo hay que ver los elocuentes títulos y los juegos con el tipo de letra, destacando los aspectos más morbosos de los tratados, y la inclusión de láminas elocuentes, firmadas por el artista Eusebio Planas, famoso por sus retratos de mujeres galantes.

A partir de entonces, dado el éxito alcanzado y la consulta en Francia de manuales de fisiología e higiene sexual de difícil acceso en España, Amancio Peratoner, o su *alter ego* Gerardo Blanco, se convertirá en colaborador asiduo de las editoriales de Juan Pons<sup>29</sup>, José Miret<sup>30</sup> y los hermanos Jané – editores, a su vez de Michelet, Proudhon, Mantegazza y de numerosos científicos y médicos europeos, sobre todo de los relacionados con la sexo-

29. *Fisiología de la noche de bodas: misterios del lecho conyugal* (1875); *El culto al falo* (1875); *Fisiología de la especie: historia de la generación, en el hombre, en la mujer* (1875).

30. *Historia del libertinaje desde la Antigüedad más remota hasta nuestros días* (1875).

logía, Debay, Rubempré, Tardieu—, con estudios como *Extravíos secretos u onanismo solitario: masturbación en el hombre, en la mujer o De la virginidad física o anatómica y de la que podría llamarse patológica, anormal o falsa*.

Peratoner lee, refunde, glosa y edita, pero además hace de introductor de buena parte de la bibliografía consultada en su librería de la Rambla de Estudios, como sucederá también en el caso de E. Rodríguez-Solís, director gerente de La Unión, Librería Nacional y Extranjera, en la década de 1880. Un ejemplo muy ilustrativo de la interacción que se produce entre el corpus de libros de temática higiénico-sexual, los de divulgación, y la literatura fisiológica y médico-social, lo ofrece el catálogo de la librería de Peratoner y Pujol, engrosado con los títulos de Juan Pons y José Miret, fundamentalmente. Peratoner se convierte en el editor, junto al citado José Miret, de *La curación de la syphilis por las inyecciones hipodérmicas de biocloruro...* (1873) del doctor S. Badía, en cuyas páginas finales se publicitan más obras divulgativas de Peratoner, junto a volúmenes de temática erótico-festiva, como *Venus retozona* y las dos novelas de Francisco de Sales Mayo *La condesita*. (*Memorias de una doncella*) y *La chula*. *Historias de muchos*, aparecidas en 1869 y 1870, respectivamente, y de gran difusión. Las obras de Mayo son el antecedente más directo del experimento del naturalismo radical de López Bago y sus seguidores<sup>31</sup>. El reclamo publicitario que inserta Peratoner junto a los títulos de las dos novelas citadas evidencia esa búsqueda de lectores curiosos y atentos a penetrar en los espacios reservados hasta entonces a la ciencia, y no olvidemos que esta publicidad se añade a un folleto para paliar los efectos de la sífilis. Tras anunciar la novela *La condesita*, se añade que es la « [d]escripción en forma narrativa de los funestos estragos de los placeres solitarios (Masturbación) »; de *La chula* se indica que « [d]etalla los efectos de la prostitución ».

Es decir se trata del mismo tipo de reclamo empleado por el propio A. Peratoner en sus libros, por los editores como J. Miret en la traducción de *Madame Bovary*, como se puede observar en el prospecto publicitario, más atento a la faceta escandalosa, fisiológica y patológica de la novela<sup>32</sup>. Así, esos maridajes bibliográficos tan evidentes en la década de 1880, y que J.-F. Botrel señalaba en un imprescindible trabajo cien años después<sup>33</sup>,

31. Cfr. Pura Fernández, « La retórica de la intimidad y los orígenes de la novela médico-social de Francisco de Sales Mayo » in: M. L. Ortega (ed.), *Ojos que ven, ojos que leen. Textos e imágenes en la España isabelina*, Madrid, Visor Libros-Presses Universitaires de Marne-La-Vallée, 2004, pág.<sup>s</sup> 119-150.

32. En el prospecto se anuncia la traducción de *Madame Bovary* con el siguiente reclamo: « ADÚLTERA!! (*Madame Bovary*). *Novela filosófico-fisiológica*. Y se indica: « es un cuadro aterrador, propio para apartar de crapulosa senda a la oveja descarriada ». « Su libro [de Flaubert], en fin, seduce a la ciencia del médico, por las verdades tanto *fisiológicas* como *patológicas* que encierra ».

33. Cfr. « España, 1880-1890: el naturalismo en situación » in: Y. Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Barcelona, Anthropos, 1988,

tienen su origen en las conjunciones editoriales ensayadas décadas antes por los integrantes de un circuito editorial heterodoxo, que se articula como un frente cohesionado de lucha. Este « societarismo » empresarial e ideológico evidencia un moderno espíritu asociativo y de integración profesional, por la vía de la confraternización de editores, escritores y lectores.

---

pág.<sup>s</sup> 183-195.